

**Patrick VERLEY, *L'Échelle du Monde. Essai sur l'industrialisation de l'Occident*. Éditions Gallimard, 1997, 713 pp.**

El nuevo libro de Patrick Verley es un intento ambicioso de explicar la industrialización de los países occidentales, en el periodo 1730/50-1880/90, desde un enfoque de demanda. Los motores de la transformación productiva son, en orden de importancia, el mercado interior y el mundial. El dinamismo e integración del primero y la habilidad por conquistar un nicho del segundo explican el éxito de los distintos procesos de industrialización. En este siglo y medio las economías occidentales se construyeron, por primera vez, a escala mundial, y todo el mundo se vio afectado por su comportamiento. La demanda fue la protagonista del crecimiento económico, mientras que la oferta tomó el relevo a partir del último tercio del siglo XIX.

El libro tiene una pequeña introducción y dos partes claramente diferenciadas. La primera, titulada «Perspectivas» y que apenas ocupa cien páginas, es un resumen del debate sobre la industrialización entre las diferentes escuelas de economistas e historiadores económicos. La segunda, «Mercancías, mercados, estados», constituye el grueso del libro: la Primera Revolución Industrial explicada desde un enfoque de demanda. En la introducción el autor promete un segundo volumen, en el que tratará los aspectos de oferta. El libro debe analizarse pues como una pieza de una obra más amplia.

En la primera parte, al analizar las distintas visiones de la industrialización, empieza por los clásicos —Smith, Malthus, Ricardo, Stuart Mill— y sigue por las distintas escuelas. Relaciona la visión de los autores con las preocupaciones de su momento: el paro tecnológico y el maquinismo en el momento de las revueltas luditas, la pobreza de la clase obrera en el Manchester de Engels o el *take off* de Rostow en el mundo post-colonial de los cincuenta y sesenta de nuestro siglo. Se detiene especialmente en las aportaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Los análisis de autores antagónicos, como Rostow y la escuela marxista, coinciden en su preocupación por las causas de la Revolución Industrial. Todos ellos la observan como una gran discontinuidad y consideran el caso británico aplicable a otros países. Autores posteriores se dan cuenta que Gran Bretaña es más la excepción que la regla, e intentan crear una tipología de los distintos procesos industrializadores. En esta tarea destacan Mathias, Landes y Pollard, que presentan a los otros países como imitadores obligados de los británicos para no desindustrializarse, y, por otra parte, Gerschenkron y su análisis del atraso. Para la actualidad, Verley describe las distintas líneas de investigación del fenómeno de la industrialización, que en su opinión no forman un todo coherente. Acaba la primera parte recogiendo la visión de dos tipos de crecimiento: *el smithiano*, basado en la expansión del mercado y la consiguiente especialización, y *el schumpeteriano*, fundado en los cambios tecnológicos y los factores de oferta. Los primeros países industrializados siguieron el primer modelo, mientras que los *late comers* no pudieron confiar sólo en la demanda y siguieron el segundo.

La segunda parte del libro empieza con un capítulo en el que se aborda la revolución del consumo como origen de la producción en masa. El autor constata que desde finales del siglo XVII y durante el XVIII se produjo un aumento en el consumo de vestidos y muebles, primero en Gran Bretaña, después en Nueva Inglaterra, Francia y los países europeos más avanzados. Aunque al autor no le satisfacen las explicaciones que se han dado sobre las causas de esta revolución – aumento de los niveles de vida, emulación social, urbanización, avance de la protoindustrialización – la señala como desencadenante de la industrialización. El consumo de masas fue el origen de la empresa moderna y dos ejemplos lo ilustran: la modernización de la producción de cerveza en Londres, donde la existencia de un mercado concentrado suficientemente grande permitió la producción capital intensiva de un producto estandarizado y barato – y la indianería en Europa, primer producto manufacturado producido a escala mundial, a medio camino entre la manufactura tradicional y la industria moderna.

El capítulo dedicado a la integración de los mercados nacionales, la circulación de las mercancías y la información es el más logrado de todo el libro, porque combina perfectamente la erudición con la capacidad de síntesis. Verley analiza el estado de las redes de transporte de los distintos países en el momento de la industrialización y concluye que Gran Bretaña, Francia, Bélgica y algunos estados de la futura Alemania tenían ya una buena red que favorecía el cambio económico. En los otros países, la industrialización fue la que propició la mejora de los transportes. En el análisis de las redes de comercialización contrasta el caso británico, de especialización extrema y dominio de los comerciantes, con el francés, con más peso de los industriales.

Los dos últimos capítulos se dedican a la dinámica de los mercados: interior y exterior respectivamente. La tesis de Verley es que el aumento del consumo de manufacturas precedió, en los países occidentales más desarrollados, a la Revolución Industrial. El papel de los mercados interior y exterior fue distinto según los casos. Se pueden distinguir cuatro modelos: el británico, que se fundamenta primero en el mercado interior para pasar, después de las Guerras Napoleónicas, a dominar el mercado exterior; el francés, en el que lo que se exporta es distinto de lo que se vende dentro; el de Estados Unidos, basado exclusivamente en el mercado interior, por sustitución de importaciones; y el de pequeñas potencias industriales, como Bélgica y Suiza, donde el estímulo viene del mercado exterior.

El dinamismo del mercado doméstico se valora a partir del poder de compra de las distintas clases sociales. El auge del consumo británico de bienes industriales durante el siglo XVIII se explica por el incremento del consumo popular y de las clases medias. En el XIX se produjo un aumento en la desigualdad de la renta, lo que hizo crecer menos el consumo interior de bienes de fabricación masiva. En Francia la evolución fue la inversa: la distribución polarizada de la renta generó una estructura productiva dual en el setecientos, mientras que la prosperidad del campo fortaleció el consumo agrario y de las clases medias en el periodo 1830-1870. Para la mayoría de los países, es difícil hablar de consumo popular a gran escala antes de finales del siglo XIX.

En el estudio de los mercados exteriores Verley analiza conjuntamente el comercio exterior y las relaciones internacionales. Durante más de doscientas páginas, política y

economía se entremezclan: las guerras, el mercantilismo y el dominio colonial son tan o más importantes que la competitividad en el reparto de los distintos mercados. Del dominio comercial de una pequeña potencia política como Holanda, se pasó a la rivalidad entre dos grandes países: Gran Bretaña y Francia. Durante el siglo XVIII los mercados mediterráneos fueron el escenario de la competencia entre los tejidos británicos y franceses. En el último tercio de siglo las trece colonias norteamericanas constituían un importante mercado para Gran Bretaña. Prósperas economías agrarias, con iguales gustos y clima que la metrópolis, siguieron siendo grandes clientes después de su independencia. Las guerras napoleónicas y el bloqueo coincidieron con un crecimiento del sector algodonero británico, su modernización y el reforzamiento de los lazos comerciales con América del Norte y del Sur. Paralelamente, la ausencia de tejidos de las Islas fomentó la mecanización del algodón francés y la industrialización del continente (países alemanes, Norte de Italia, etc.). En el periodo 1820-60 se produjo un reparto de los mercados de los productos textiles: los británicos apostaron por los productos baratos, de consumo de masas; los franceses, por la calidad y el diseño, dirigidos a las burguesías de los países ricos. Se creó un equilibrio comercial y de pagos entre estos dos países y los Estados Unidos, que se vería modificado a partir de la Guerra de Secesión y del posterior abaratamiento internacional de los fletes.

Al valorar el libro se ha de destacar que el autor consigue salir bien de un proyecto triplemente ambicioso: por su ámbito conceptual —explicar el crecimiento económico—, por su marco temporal —un siglo y medio— y por su carácter comparativo. Verley maneja una cantidad enorme de información sobre varios países. Aunque la consideración del caso francés a la luz de la experiencia británica es una de las constantes del libro, otros países aparecen como interesantes contrapuntos: Holanda, Bélgica, los países germánicos y los Estados Unidos; en menor medida, España, Portugal, Italia, Suiza, los países escandinavos y Rusia. El hecho de que un mismo autor contraponga en cada capítulo las distintas experiencias nacionales lo convierten en un verdadero ejercicio comparativo. Con todo, el carácter enciclopédico de la obra hipoteca en ocasiones la claridad expositiva: se echa en falta en algún capítulo un hilo argumental que lleve al lector a unas conclusiones claras. El esfuerzo por sintetizar debería haber sido mayor.

Por último, cabe destacar como virtud la presencia de una idea fuerza que da coherencia a todo el texto: la demanda como desencadenante de la primera Revolución Industrial. Sin embargo, Verley cae en cierto apriorismo. Opta por la explicación «de demanda» sin justificar demasiado por qué. Enfoca la luz sobre aquellos aspectos que cree relevantes para el crecimiento económico del periodo (revolución del consumo, integración del mercado interior, poder de compra de las distintas clases sociales, potencia política y militar en el exterior, etc.), pero no se encarga de rebatir aquellos factores que deja en la sombra (dotación energética, tecnología, capital, cualificación de la mano de obra, etc.). Dudo que ningún partidario de las explicaciones «de oferta» encuentre en esta obra su camino de Damasco.

En definitiva, se trata de un buen ejercicio comparativo sobre los aspectos «de demanda» de la Primera Revolución Industrial. Un libro que será de gran utilidad para investigadores y docentes.

MARC PRAT SABARTÉS